

que nunca había besado su cara peregrina,
le habló así, acariciándola con amor paternal;
—Eres de muchos reinos la Infanta más hermosa;
harás por tu belleza una alianza honrosa,
un Rey pondrá en tus manos el anillo nupcial.—

--Señor: yo no amo al Rey que me das por esposo—.
Pero el Rey, alejándose, contesta desdeñoso:

—Yo concedí tu mano, no concedí tu amor—.
Y mientras que la Infanta, medrosa de la villa,
solloza amargamente, la Reina dolorida
ve llegar a su alma otro nuevo dolor.
Un Rey ceñudo y fuerte se vió al reino llegar.
Sus bodas con la Infanta venía a celebrar.

III

Las doncellas cosían galas de desposada;
la Infantina en su cuarto lloraba desolada,
creyendo ver medrosa acecharla el dolor;
la Reina, muy brillantes las hundidas pupilas,
tendía sus miradas inquietas e intranquilas,
que a veces expresaban un extraño terror.

Habían de celebrarse las bodas: y, afanosa,
la Reina el día antes no dejó ni una rosa
sobre su tallo erguida en el vasto jardín.
De la triste Infantina alivió los dolores
hallar aquella noche recamados de flores,
su lecho y las paredes de su albo camarín.

Y cuando las doncellas fueron al día siguiente
a poner a la Infanta azahares en la frente,
hallaron, al fragante camarín, al entrar,
tendida sobre el lecho a la linda Infantina,
intensamente pálida la cara peregrina,
tan dormida que nunca más volvió a despertar.

Y cuentan, que entre el grande y amargo desconsuelo,
con que el pueblo y la corte lamentaban tal duelo,
la gente oyó aterrada a la Reina reír;
la pobre Reina pálida que reía demente,
y mirando a la hija decía alegremente
¿Verdad que mi Infantina ya no podrá sufrir?

La muerte de la Infanta un trovador cantó,
y dijo que un aroma de rosas la mató.

PEPITA TOLEDO